

Para que la línea de comunicación con Veracruz tuviera firmeza, Forey encomendó las guarniciones a dos comandancias militares; la jefatura de una de las cuales asumió el capitán de marina Durand Saint-Amand, con el mando del puerto, de Tejería y de La Soledad. Para la otra se destinó al teniente coronel Waisse de Roquebrunne. Esta última comprendía Paso del Macho, El Chiquihuite, Córdoba, Río Seco, El Fortín y Orizaba.

Preocupado con la ininterrumpida actividad que las guerrillas desplegaban, el comitente de Napoleón el Pequeño, decepcionado de la poca eficacia del suizo Staeklin, organizador de la primera contra guerrilla, aceptó la renuncia del mando y, durante una fiesta que Saligny dió en Orizaba, encomendó la destrucción de aquellas columnas volantes de patriotas a uno de los más sanguinarios, feroces y escalofrantes malhechores del ejército intervencionista; a uno de aquellos crueles militares que tenían más de forajido que de soldado, y en quienes se condensaban todas las podredumbres de que gran parte de las corporaciones armadas francesas contagiáronse, como ya lo hemos visto, bajo el segundo imperio.

No era raro que en esos híbridos personajes se entretijera, con la inhumanidad del verdugo, el acicalamiento del afeminado.

En esta ocasión, el escogido por Forey, fué el tristemente célebre coronel Dupin, que tenía poco tiempo de llegado de Francia. Sobre el particular, sirve para ilustrarnos una referencia de Corti, que dice: "Al ejército francés pertenecía además una llamada contra guerrilla, al mando del coronel Dupin, un desesperado que había perdido su grado en su patria a consecuencia de diversas irregularidades y que lo había recobrado lejos de su país ofreciéndose voluntario en acciones de guerra. Su misión consistía en proceder de manera despiadada contra las bandas que infestaban el país combatiendo a la intervención, pero que también se dedicaban a menudo a toda clase de robos y asesinatos, e hizo esto de un modo tan radical que alcanzó la peor fama a causa de su terrible crueldad y de sus numerosas ejecuciones inmotivadas".

#### FOREY ESCOGE A SU MEJOR VERDUGO ENTRE LA ANIMACION DE UN BAILE

Durante la tertulia, el jefe supremo del ejército invasor, llamó a solas al uniformado forajido, para advertirle:

"—Coronel, las tierras calientes están infestadas de bandidos; nuestros convoyes son atacados diariamente; los viajeros robados o asesinados, las comunicaciones con harta frecuencia cortadas. He puesto los ojos en usted para desembarazarme de esos bandidos; doy a usted el mando de las contra guerrillas de las tierras calientes. Trátase de afianzar la seguridad del país y la marcha de los convoyes del ejército, mientras me ocupo en el sitio de Puebla que voy a emprender dentro de poco.

"El coronel Dupin pidió al general sus instrucciones. **Se le dieron plenas facultades:** no tenía más que perseguir a los bandidos a todo trance y purgar de ellos al país. El baile continuaba entretanto: al compás de las lánguidas notas de una habanera, se cruzaban sin cesar las parejas; entre las bellas mexicanas que se entregaban a la embriaguez del wals, varias habrían palidecido, si la orden caída de los labios del general en jefe hubiera herido sus oídos. En efecto, acababa de decretarse una contra guerrilla francesa, y tal vez había en aquel momento, en los salones del ministro de Francia, algunos jefes de guerrillas disfrazados de caballeros galantes, cuyas cabezas, que sonreían en esa noche de fiesta, debían más tarde gesticular en la punta de una rama".

Esto es, entre los voluptuosos giros de la danza, el ejército, con la diabólica hipocresía con que la inquisición, para no mancharse con la sangre de los suplicios ni abochornarse con el calor de las achicharrantes hogueras, entregaba al brazo secular a los por ella condenados; delegaba en aquellos militares verdugos, la perpetración de las acciones más abominables, cuya responsabilidad hubiérale recudido en mayor desdoro, de asumirla franca y descaradamente.

A LA CONTRAGUERRILLA IBA A PARAR  
LA MAS ABOMINABLE ESCORIA HUMANA

Dupin se hizo cargo de la fuerza que se ponía bajo sus órdenes, en Medellín, el 20 de febrero.

El conjunto de aquellos individuos, de heterogénea vestimenta y montados en jamelgos de las más diversas pintas y alzadas, alarmara el espíritu de mejor temple. Era como un albañal a donde hubieran ido a parar los más inesperados, caprichosos y asquerosos desechos humanos.

"La tropa, valientemente desarraigada, aguardaba formando, sobre las armas, en un corral. Parecía que todas las naciones del mundo se habían dado allí cita: franceses, griegos, españoles, mexicanos, americanos del Norte y del Sur, ingleses, piemonteses, napolitanos, holandeses y suizos se codeaban, sin que pudiese decirse que cada país hubiera enviado a tan extraña exposición los tipos más notables de su raza. Casi todos aquellos hombres habían dejado su patria para correr tras una fortuna siempre fugitiva. Encontrábase allí el marinero desilusionado del mar; el negrero de la Habana, arruinado por el tifo destructor de su cargamento; el antiguo pirata compinche del filibustero Walker; el buscador de oro escapado en Hermosillo de las balas que mataron a Rousset (Raousset) Boulbon; el cazador de bisontes procedente de los grandes lagos; el manufacturero de la Lousiana, arruinado por los yankees. Aquella banda de aventureros ignoraba la disciplina: oficiales y soldados se embriagaban en la misma tienda, y los tiros de revólver eran a menudo la señal de despertar. Cuanto a la indumentaria, si aquella tropa, precedida de clarines, hubiera desfilaro por los **boulevares** de París, habríaase creído asistir al paso de una vieja pandilla de truhanes, exhumados del fondo de la Cité. El cuartel, sito al extremo del río y rodeado de una palizada, al través de la cual fácilmente hubiera podido pasar una carreta, era una cloaca infecta, donde ni siquiera durante las lluvias del invierno era posible guardarse..."

¡Magnífica descripción ésta del conde de Kératry, por ostentar el profundo sello de quien observó en lo vivo escena y personajes! ¡Magnífica y estrujante, por lo expresiva y por lo veraz!

EL INDIVIDUO QUE EN LA CONTRAGUERRILLA SE  
ENGANCHABA NO EXPLICABA SUS ANTECEDENTES

A estos azotamundos, a quienes no espoleaba más propósito que acumular una rápida fortuna o estacar en la demanda la zalea, confiaba el general Forey en buena proporción la tarea pacificadora.

Tropa tan recomendable viene a ser algo así como el antecedente de aquel tercio extranjero del Marruecos español, cuyas hazañas tanto dieron qué hablar; pues en él, como en la contraguerrilla, el individuo que se enganchara, tácitamente hallábase exento de la obligación de referir su origen y sus antecedentes, por execrados que fueren.

Ni se le exigía más que un desprecio infinito de la vida humana, así de la del semejante como de la propia, a cambio de la oportunidad de rehacer una existencia que, o por sus infortunios o por sus crímenes, no pedía sino que el pasado fuere olvidado, fuere borrado, para reconstituirse sobre una base completamente nueva.

Así es cómo, en semejantes gavillas, se conjuntaba la flor y nata de los escelerados.

Nada más explicable entonces, que un cuerpo integrado por la crema de la granjería internacional, exigiera un jefe en consonancia con su carácter. Ojo certero había demostrado Forey al sentir preferencia por Dupin.

Y mientras el siniestro belitre empezaba su implacable persecución contra los patriotas que operaban en grupos aislados y reducidos, el ejército expedicionario continuaba desenvolviendo el plan que tenía a Puebla por mira; no obstante que quizás para economizar sangre y sacrificios y dinero, más hubiérase valido a Forey prescindir de la inmediata toma de la codiciada plaza, y avanzar directamente sobre la capital de la República; a reserva de obligar posteriormente a los republicanos a desalojar aquella, una vez asegurado el predominio francés en la urbe más importante del país.

DE COMO CON OTRO PLAN LA FAZ DE LAS COSAS  
HUBIERA VARIADO PARA LOS EXPEDICIONARIOS

Kératry mismo, testigo presencial de los acontecimientos, aventura las observaciones siguientes:

"Si el general Forey, por la rapidez de su marcha hubiera evitado el sitio de Puebla, la faz de las cosas hubiera quizás cambiado en México. Gracias a nuestras demoras, el espíritu de resistencia habíase desarrollado en la República y había tenido tiempo de ganarse todas las provincias que, posteriormente, habíanse pronunciado en favor de la autoridad presidencial. Las capitales de los Estados, que iban a convertirse en otros tantos focos de insurrección, a falta de entendimiento entre ellas hubieran permanecido tranquilas, y Francia, desde los primeros días de 1862, al entrar en México como ama, hubiera conquistado una completa libertad para aliarse francamente con los separatistas del Sur, —no puede uno menos de preguntarse: ¿para así oponer la decantada barrera a la expansión del imperialismo yanqui?—, que por su parte ganaban terreno todavía.

"A pesar de las flores y de los cohetes lanzados sobre la ruta del general Forey al penetrar en México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que, primero que nada, debiera haber impresionado a un comando escrupuloso, es que Juárez no había sido expulsado por el pueblo de la capital. El jefe del Estado cedía la plaza por la fuerza, pero sin compromiso. En su retirada, llevaba consigo el poder republicano, pero no lo dejaba caer de sus manos. Era compelido, pero no abdicaba. Tenía la testarudez del derecho. Esta fué, durante cinco años, el secreto de la fuerza de inercia o de la resistencia del viejo indio, que se retiraba de pueblo en pueblo, sin nunca encontrar ni un traidor ni un asesino en su sendero".

Como quiera que sea, el objeto obsesor, principal, casi único por el momento, para el supremo comandante del ejército francés, constituíalo la toma de la plaza de Puebla; como si en su ánimo hubiera arraigado la idea de tomar la revancha en el lugar mismo donde las tropas de Napoleón el Pequeño sufrieran el primer tremendo descalabro que, en 1862, les infligieron los republicanos que tuvieron por jefe a Zaragoza.

MUERTE EJEMPLAR DEL HEROE  
Y AUSTERIDAD REPUBLICANA

En la ciudad misma de su memorable triunfo, el egregio defensor del territorio patrio, expiraba, o por mejor decir nacía a la glorificación de la posteridad, el cuatro de septiembre, o sea cuatro meses después de la batalla del Cinco de Mayo; fecha en que demostró al mundo el denuedo con que los mexicanos oponían su pecho y ofrendaban su sangre, decididos a malograr toda tentativa de avasallamiento, y a sufrir, antes que la sujeción, el holocausto.

Nada más expresivo, para demostrar la austeridad en que vivían y en que morían los grandes liberales de aquellos tiempos, que una carta que la viuda del general Zaragoza hizo pública, por fines de 1862, y que exhibe la indignancia en que los deudos del adalid de la segunda guerra de emancipación, quedaron al fallecer éste. Dice:

"Señores redactores de "EL MONITOR REPUBLICANO". casa, diciembre 22 de 1862.—La gloria que para su patria alcanzó mi inolvidable hijo Ignacio Zaragoza, excitó el entusiasmo y gratitud de sus conciudadanos, y un inmenso número de ellos contribuyó gustoso para el obsequio que se pensó hacerle con una espada de honor, que habría visto él como un irrecusable testimonio del reconocimiento público. Pero fallece mi citado hijo, cubriendo de luto a la República, y dejándome a mí entregada a la mayor consternación y a su pequeña hija en la orfandad más dolorosa; y entonces la opinión pública fija sus miradas sobre este vástago infeliz del soldado de la patria, y pide que la suma que se había reunido para la espada de honor le sea entregada para sus más precisas atenciones. Así se ejecutó en efecto, y he recibido la cantidad de MIL CUATROCIENTOS OCHENTA PESOS, CUARENTA Y CUATRO CENTAVOS.

"En el profundo dolor de que soy presa desde que una muerte prematura me arrebató a mi hijo, me ha servido como de consuelo esa infinita variedad de hechos con que el pueblo mexicano ha demostrado su eterno reconocimiento por sus servicios, a la vez que su profundo dolor por su inesperada muerte. Pero la tierna solicitud que se ha mostrado por el único ser que ha heredado su nombre y el gran tesoro de sus glorias,

ha acabado de llenar mi corazón de tales emociones y de un sentimiento tan profundo de gratitud, que no puedo resistir al deseo de manifestarlo públicamente al pueblo mexicano.

"No es otro, pues, el objeto de esta carta, que suplico a ustedes se sirvan insertar en las columnas de su apreciable periódico, para que por este medio el Gobierno Supremo de la República, las personas que se han servido contribuir para la espada de honor de mi hijo, y cuantos de algún modo han manifestado aprecio y consideración a su memoria, reciban la expresión sincera de gratitud y eterno reconocimientos, de que (quien) con este motivo se ofrece de ustedes, señores redactores, su afectísima servidora Q. B. S. MM. B.—M. DE JESUS SEGUIN DE ZARAGOZA".

La historia abunda en hechos ejemplares de tan aquilatada calidad, en que es dable admirar la rectitud y la frugalidad de aquellos varones cuya penuria —Zaragoza, como hemos visto, dejaba "a su pequeña hija en la orfandad más dolorosa"—, es la más resplandeciente demostración de su buena fe, de su desinterés, de su patriotismo.

¡Y no fué el único de tan insignes y abnegados patricios que murió, si afligido de pobreza, nimbado de gloria!



FIN DEL TOMO PRIMERO